

Y en estos decires, la aurora se entra por el oriente amenguando el fulgor de las luces que iluminaron como á fantasmagorías teatrales los tostados rostros de candorosos labriegos!



## Siluetas.

### XXIV

**F**ELIZMENTE el terruño carece de aduladores y embusteros panegiristas, de esos que buscan el origen de las ciudades en la más remota antigüedad, cuando no lo pierden en *la noche de los tiempos*, ó lo enlazan con los mitos y las fábulas, para ver de donarle tan larga como empergaminaada ejecutoria de heráldicos y deslumbrantes blasones.

Todo ello será muy distintivo y más propio para espíritus vanos; pero es y será impertinente para los hoy escépticos, en materia de antiguallas, por falta de fe y de sencillez, cualidades geniales que formaban la característica de nuestros respetables tatarabuelos.

Quédense con sus hazañas los héroes mitológicos; con sus santos las místicas apariciones; con sus consejos ridículas y sus aventuradas é hiperbólicas conjeturas los etimologis-

CAPÍTULO IV. EL TERRUÑO

tas. . . . . urbanos; que nosotros no vamos á rebuscar en antiguos pergaminos ni en apollillados papeles el origen del terruño—con más tesón que buen criterio;—ni vamos tampoco á ahogar al lector en un mar de mil confusas tradiciones y de otras tantas leyendas inverosímiles por el móvil pedante de enaltecer al pueblo que nos vió nacer; para lo primero nos faltan cronicones fehacientes; y para lo segundo, voluntad y fantasía; todas cosas que nos llevarían á deducciones temerarias, á juicios falsos y á improbables conjeturas para fomentar la incredulidad de nuestros lectores.

Por lo tanto, no haremos descender de alta alcurnia, á modo de agraciarla con título de gloria, á nuestra tierra natal; ni á datar la fundación de ella desde doscientas décadas atrás, teniendo por fundadores á un Remo y á un Rómulo, amamantados por piadosa loba; ni á establecerla después del diluvio; ni á designar á ningún príncipe linajudo como el primer mortal que puso su régia planta sobre la margen izquierda del río «de las mariposas»; ni á simbolizarla con espantable dragón, venido de sabe Dios dónde asolando comarcas á su truculento paso; ni á contar otras lindezas, que más que traer el entendimiento á larga y honda meditación, llevan á la boca sonrisa desdeñosa; por lo demás, no hay recurso hábil para inventar un origen tradicional y romancesco, porque por estos nuestros lugares faltan ruinas de monumentos, inscripciones en caldeo, en chino ó en egipcio, medallas conmemorativas, ó simples ecos populares que acrediten una fábula ó prestigien una leyenda.

No por meras conjeturas, no por ingeniosas argumentaciones, sino por verídica historia, es sabido que la existencia de nuestro pueblo se debe á unos humildes pescadores que instalaron sus barracas á orillas del río en la época de la pesca del *róbalo* y del *jolote*, abundantes en las aguas que bañan las margenes del terruño; después, sobre estacas, formaron los llamados *tableros*—que algunos mendaces cronistas podrían confundir con las «Tablas de Tolomeo»—para hacer la salazón: así de pobre y modesta fué la cuna de la ciudad ribereña que un poeta galante llamó «Perla del Pa-

paloapan,» y para la cual bien puede parodiarse el verso de Juan de Mena:

«Es la su villa de *agua* cercada.

Carecemos de armas y de

«Grabado en berroqueña un ancho escudo;

pero en cambio de esos lustres tenemos este título que nada pide á pergaminos nobiliarios ni á figuras heráldicas ni á signos emblemáticos:

«EL CIUDADANO ALEJANDRO GARCIA,

GENERAL DE BRIGADA DEL EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA  
MEXICANA,

EN JEFE DE LA COALICIÓN DE ORIENTE,  
Y GOBERNADOR Y COMANDANTE MILITAR DEL ESTADO  
DE VERACRUZ,

ATENDIENDO á que la Villa de Tlacotalpan se ha hecho acreedora á la consideración del Gobierno por el patriótico y leal comportamiento de sus habitantes en la guerra que actualmente sostiene la Nación, defendiendo la Independencia contra la Intervención Francesa y el llamado Imperio; y

ATENDIENDO á que dicha localidad, tanto por su censo y por el crecido número de sus mejoras materiales, cuanto por su superior situación topográfica en la confluencia de la mayor parte de los ríos de esta costa, es, y está llamada á ser siempre, una de las poblaciones más importantes de estas comarcas;

EN USO de las facultades de que me hallo investido, he tenido á bien expedir el decreto que sigue:

ARTICULO UNICO: LA VILLA DE TLACOTALPAN, DEL ESTA-

CAPITULO I. LEYENDA

DO DE VERACRUZ, RECIBE EL TÍTULO Y QUEDA ELEVADA DESDE HOY Á LA CATEGORÍA DE CIUDAD.

POR tanto, mando se imprima, publique y circule para su cumplimiento.

Dado en la ciudad de Tlacotalpan, á 9 de Mayo de 1865.

ALEJANDRO GARCÍA.

José A. Ruiz,  
Srio.

\*\*\*

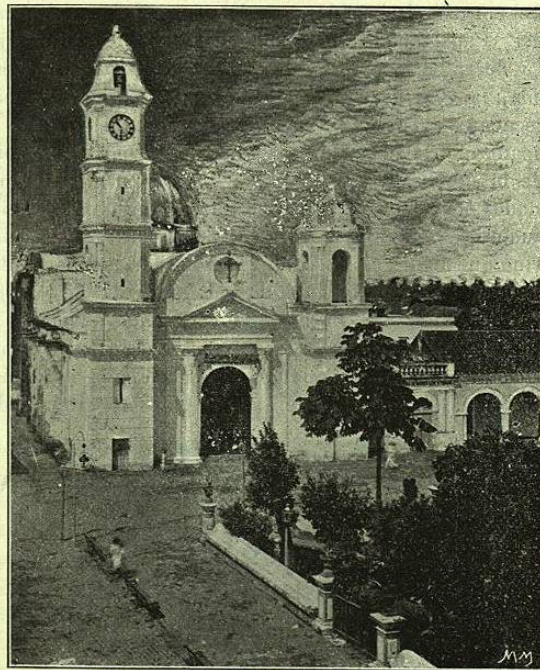
A título de información hemos salídonos de la índole de este capítulo; pero ya advertidos de la falta, vamos á seguir nuestro propósito al tratar exclusivamente de las calles.

I

Las calles en el extremo occidental de la ciudad son rectas, sin que por esta afirmación se piense en la simetría de un tablero de juego de damas; lo de estrecho, tortuoso, laberíntico, únicamente sería aplicable á los callejones que corren transversalmente las calles de S. á N.; los nombres de éstas son en mayoría circunstanciales, y su designación lo confirma: «Calle del Reloj», «San Cristóbal», «Candelaria», «Santa Bárbara», «14 de Mayo», «5 de Mayo», «Las Parejas», «Ribera», «1.<sup>a</sup> de Damas», «2.<sup>a</sup> de Damas», «Hidalgo», «Locerías», «San Miguel», «Toros», «Cabezo»; los nombres de los callejones son muy arbitrarios: «Carrizo», «Arenas», «Calvario», «Aseradero», «Ceiba», «Asalto», «Gallos», «Aguadores», «Del Espanto», «Plateros», «Iguana», «Embudo», «Don Zeferino», «San Cristóbal», «Pescadores», «California», «Palo Gordo», «Vapor», «Volador», «Cruz Verde». Tiempo es ya de cambiar la actual nomenclatura de las calles, particularmente las que llevan nombres circunstanciales—que hoy no tienen razón de ser—por

los de hijos del terruño que han merecido bien de su pueblo; hasta el presente dos calles ostentan nombres en justicia con los méritos de los designados: la «Juan Enriquez» y la «Miguel Z. Cházaro»; de la propia manera debíase seguir cambiando la vieja y estrafalaria clasificación; los muertos vecinos Miguel García Beltrán y Bernardino Aguirre merecen el homenaje de llamar con sus nombres dos de nuestras principales calles; pues mucho hicieron los aludidos por el mejoramiento material del terruño: nunca es tarde para las reparaciones.

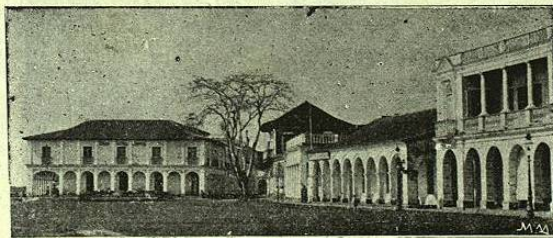
La antes calle del Reloj—que comienza desde la iglesia denominada «La Parroquia», abierta recientemente al culto



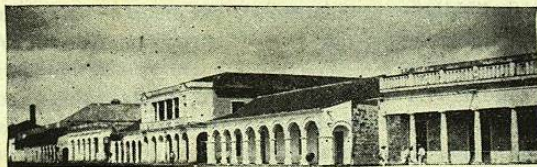
CAPÍTULO I. PERFILES DEL TERRUÑO

—es una de las calles más limpias, y se extiende en toda la margen del río; hoy, gracias al celo del vecindario, ha cambiado el vetusto nombre por el de «Miguel Z. Cházaro», en honor de un ilustre hijo de esta tierra; es la calle transitada por cargadores que diariamente conducen carga al hombro para dejarla en los muchos almacenes que hay en la orilla toda del río; también es una de las más altas de piso; sabemos que esta circunstancia se debe á una intentona de nivelación; desde el *Zócalo*, que da frente por frente de la «Parroquia» se dilata la calle hasta el nombrado «Cabezo» (quizás porque por allí comienza el caserío del pueblo), con un límite marcado naturalmente por el río «Chiquito», á cuya derecha se suceden multitud de plantíos.

En el corazón de la ciudad, de la parte situada á la margen del «Papaloapam», están la plaza del mercado, vieja, sucia y derruida (ogaño se está construyendo otra espaciosa y sólida); la «Carnicería», edificio ruinoso, amenazado por las frecuentes avenidas del río; los muelles municipal y de la «Compañía de Navegación,» y algunas casas hasta poco más allá de la nombrada «Parroquia»; todo lo cual forma tortuosidades por la poca inventiva de los primitivos pobladores, que no se obligaron á línea recta para las construcciones, sino que siguieron la configuración de las riberas del río; es muy propio de los habitantes de las orillas de los ríos fabricar de tal manera. Parece que fué después advertida la falta de simetría; pues la calle «Miguel Z. Cházaro» sigue recta hasta el término del pueblo por el occidente; en la misma dirección, hacia el oriente, está la plazuela circundada



por los muelles, el «Casino» y las principales casas comerciales; en esta plazuela se depositaban las cargas en espera



de vapores que las conducirán río arriba; está siempre concurrida por trabajadores y jornaleros que tienen ocupaciones habituales en muelles y casas de comercio; y de aquí, tomando río abajo, se prolonga la denominada «Ribera», la calle más extensa de la población, situada en una sabana tapizada de verde césped que lamen las aguas del río; en ella pacen muy libremente las vacas y pastan de igual modo las caballerías; en las tardes es lugar escogido para paseo; y nada más propio, después de las labores diarias, que ir á pie sobre la blandura fresca del verde *zacatillo*, teniendo á la vista el espejo de las aguas que reflejan la margen opuesta del «San Juan» y el Papaloapam, el apagado volcán de «San Martín» y la no muy lejana serranía de los Tuxtles, cortando en ondulaciones de hermoso color indigo el transparente azul del cielo, que en tardes de verano se argenta con la luz de la luna, enrojecida á veces por los destellos de uno de esos crepúsculos vernaes que tiñen de rojo sanguinolento las tersas linfas del tranquilo río; es la parte más vistosa del pueblo; y el viajero la distingue desde la cubierta del vapor que lo conduce como á una bandada de garzas blancas que bajaran al río á picotear en la verdura del césped para bañarse luego en la plácida y bruñida superficie; constrúyense casas por esta ribera, y se ha delineado una nueva calle, la cual comienza del mercado en obra para terminar por el oriente en línea paralela á la calle de antaño llamada de la

## PERFILES DEL TERRUÑO

«Ribera». En esta calle queda el teatro «Netzahualcoyotl» también á la sazón en obra, porque así acostumbramos nosotros hijos de esta tierra; somos prontos para proyectar pero tardíos para ejecutar, por una indiosincrasia que nace con el individuo y termina con él, sea dicho de paso y para justificar lo de tantas obras en construcción; del lado sur pasemos al centro.

La calle de «La Candelaria» es, sin disputa, la más recta y pintoresca del terruño; tiene por término el «Puente García»; es ancha, bien alineada y muy llena de gente, especialmente en las mañanas y en las tardes, porque por allí pasan

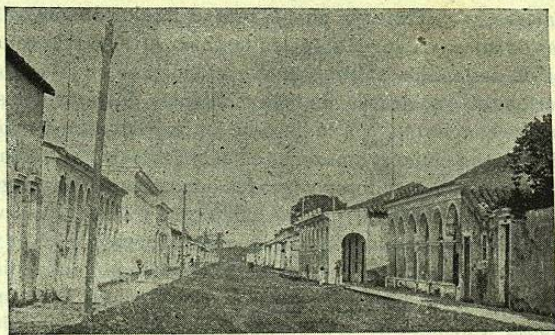


los trabajadores y dueños de fincas é ingenios comarcanos; en la época canicular, en que el suelo de la calle se calcina para tornarse en sutil polvo, las muchas caballerías que pasan levantan más polvareda que el humo de cien batallas; y cuando llueve, como es muy baja, se vuelve un torrente; los domingos tiene un aspecto más alegre que de ordinario; los jornaleros que vienen de huelga al pueblo; las mujeres, con ropas ligeras, blancas, de colores claros, con rebozos finísimos y coloridos en la cabeza, pasando para misa cuando la campana parlara llama á los fieles con su incansable tan; el murmullo de gente en holganza que va y viene ves-

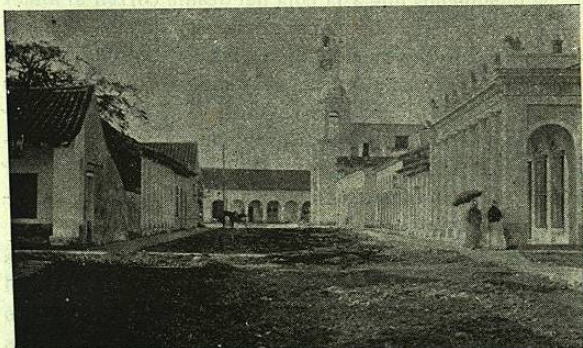
## SILUETAS

tida de fiesta y formando conjunto alborotador y lucente, que alegra, y divierte, y puebla esta calle los domingos y fiestas de guardar, cuando suelen también atravesarla comparsa de desteñidos saltimbanquis, caballeros en jamelgos cubiertos con gualdrapas de lana brillantes de lentejuelas, que no se conciertan con lo flaco de las cabalgaduras; rompen la marcha mujeres amazonas en palafrenes de caracoleos que se muestran orgullosos y graves por la femenina carga que llevan, adornada de plumas onduladas y luengas, sombreros chillones, larga falda, corpiño estrecho, guante sucio y fusta airada que pone á los pencos al trote largo; en medio de la cabalgata va beduina haraposa, puesto rojo pañuelo en la cabeza á manera de solideo; en las manos, cruzadas de tatuajes, mueve la pandereta, en tanto el oso embozalado se levanta sobre los cuartos traseros, ó se tumba patas arriba para hacer el muerto; el payaso, montado en un trotón, corre á diestra y siniestra repartiendo los *convites* de la función funambulesca, echando chistes sosos para que se los rían los muchachos que á la cola del desfile corren al andar de los caballos; la música toma el camino de la acera, con pasos dobles en el estruendo de los pitos y marcha forzada en la diligencia de las piernas; los buenos vecinos dejan sus labores domésticas para salir presurosos al corredor y mirar la gente, reír del payaso, alegrarse con la charanga y escuchar el chichear de los granujas que hacen ganas de callar al clown, esfuerzo igual como el de poner silencio en los gritos de la muchedumbre alborotada.

Entre la «Candelaria» y la «Miguel Z. Cházaro» tenemos la bien llamada «Juan Enríquez», por haber nacido en ella el nuestro General de ese tan prestigiado nombre; del término del *Zócalo* principia esta calle; por sus tapias florecen los bejucos y extienden las ramas reverdecidas los árboles de los patios; es calle ancha y vistosa con un fondo floreciente de vegetación, siempre en primavera, brotando por cima del rojo de los tejados y sombreando la blancura de las casas de dilatados arcos, por sobre las cuales algunas palmas elevan al aire sus gentiles penachos; transversal á la de «Juan En-



riquez» se extiende la de «Toros», probablemente así bautizada por haber sido por allí la entrada de los toros del *embalse* en época remota, para cubrir un número obligado del



«Programa de Fiestas»; por ella pasan á horas de escuela muchachas, niños y señoritas para los planteles, por ser camino para la «Escuela Juæn Enríquez», para «Amigas Municipi-

pales», escuelas de particulares y el «Colegio Superior para Niñas»; y á esas horas, ¡qué de chillidos y alborozos de chiquillería en legiones! ¡qué de sombrillas de variados y deslumbrantes colores cubriendo cabezas infantiles y cabellos destrenzados en gallardos cuerpos! ¡qué de chácharas y altercados al tiempo de salir de la escuela! Es á esa hora cuando adquiere una fisonomía particular la calle de «Toros».

Por el lado Norte del pueblo el paseante encuentra casas salteadas dentro del monte; parece que conforme nos acercamos á los suburbios, van apareciendo las viviendas de *yagua* y tejas entre otras de carrizo y palma: es la frontera que marca la división de un como pueblo aparte de gente pobre y hasta miserable; las chozas allí son débiles, al igual



que sus moradores, con oscuros y ahumados techos de palma, con piso de tierra húmeda y con una impotente estacada alrededor contra el agua de las lluvias que, si son frecuentes y torrenciales, sumergen á sus habitantes, juntamente con el perro, el gato y las gallinas en un inesperado diluvio, para el cual sirve de salvadora arca algún hongo que el vecindario envía á aquellos náufragos en el doble mar de la desgracia y la miseria; como esos vecinos viven alejados del

CAPITULO I. EL TERRUÑO

centro, en sitios poco visitados, se han hecho un estado medio salvaje de vida; la prole, mugrienta, anda desnuda, terrosa, con las descomunales panzas adornadas de un más descomunal ombligo; con la cara sucia, en la que se adivina dónde están las cejas por el brillo de los ojos, y la boca por la blancura primitiva de los dientes: toda ella es una suciedad de tierra, churre de frijoles y pringue de caldo *de olla*; viven los tales en promiscua familiaridad con el cerdo, los perros, el gato y las avcs de corral, y en la misma confusión de sexos en que vivirían los trogloditas; cuando la mujer va á leñar, atranca la tabla que sirve de única puerta al jacal, y dentro deja al muchacho de pecho metido en un cajón que la pobreza ha convertido en cuna; sucede que la madre tarda en volver, entonces el patalear del muchacho que se desgañita aprisionado en la improvisada cuna; el gruñir del cochino; el mayar del gato; el aullar del perro; el cacarear de las gallinas, en una algarabía infernal, que se confunde con los ladridos furiosos de perros hambrientos, jauría amenazante merodeando por esos barrios: el que se atreva á pasar por allí en tales momentos, que se arme hasta los dientes, porque de cierto que los perros harían presa codiciada en sus inocentes carnes.

Sucintamente hemos dado una idea de las calles en particular, porque no es este un estudio topográfico—¡libreme Dios!—sino un mal relato de lo que se ha ofrecido á mis ojos en ratos de ocio; ahora, mirando las calles en distintas estaciones, ofrecen caracteres especiales.

En verano, las casas enlucidas de mezcla y revocadas de cal, brillan á la luz y albean á la sombra por entre el verde follaje de los mangos, naranjos, limoneros y guayabos que alzan sus copas hacia un cielo azul á trechos, por las blancas nubes que en caprichosas y á veces fantásticas formas se enmarañan en el firmamento; las aceras entonces están soleadas candentemente por los rayos del astro rey que caen furiosa y plenamente sobre las calles; los transeuntes atraviesan debajo de ellos como si soportaran sus espaldas una lluvia de fuego; salen á tales horas aquellos que el ajetreo de

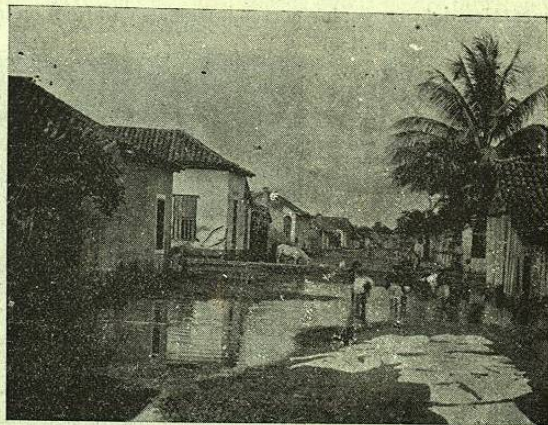
sus cotidianas ocupaciones los obliga á lanzarse á la calle con arrojo heróico; los que no, quedan dentro los hogares en ropas ligeras, sofocados, esperando como caso providencial, aunque cierto, la brisa salobre que viene del rumbo del mar á poco menos de las dos de la tarde; los perros jadeantes se acurrucan en los corredores; las gallinas, que vagan por las calles con una libertad paradisiaca (del mismo modo que algunos caballos y contadas vacas), sombréanse también en los corredores; pero llega la brisa, refréscase la atmósfera, salen los perros de su postramiento y las gallinas de su sopor, y se echan al medio de la calle; las gallinas picotean en los zacatales del arroyo; los perros husmean y hurgan en los basureros; los caballos pastan arrancando las hierbas de las aceras; tal berraco, ó cual marrano, gruñe y hociquea en charca infecta; los vecinos, antes dominados por insoportable calor, vánse de visitas, ó á andar calles, ó á la compra de géneros, ó á la iglesia, ó á charlar en el corrillo, hasta la hora de la comida, y muchos hasta la de la cena; otros, vestidos de manera llana—que es el modo de vestir por este terruño—y con sombrero de extendida ala y de alta copa, recurso contra los rayos solares, montan en bicicleta, como si fueran á despiarse, sobre el blando césped y en una caminata de diez metros, pies que soportarían



## PERFILES DEL TERRUÑO

jornadas de diez leguas sin penitencia y por irse de juerga.

Cuando llueve cambia notablemente la decoración; las calles polvosas se enfangan; las calzadas (aceras) se ostentan coloradas por el lavado de las aguas que en cataratas caen de las bocastejas, aleros, limas hoyas y condutales; la lluvia deja una que otra minúscula isleta que las lavanderas aprovechan para asolear la ropa al primer rayo de sol que asoma riente después de copioso aguacero; los muchachos, al salir de la escuela, arrollados los pantalones, se precipitan



en la charca á jugar el agua; los caballos chapotean ruidosamente buceando el zacate sumergido en el charco; los pichos se remojan regocijadamente en la superficie, espejo del cielo y del caserío; y los zopilotes, en el caballete de los tejados, rojos por la frecuencia con que escurrió el agua, extienden las alas en cruz esperando los rayos solares que les secarán y calentarán las tan mojadas cuanto entumidas y tiñosas plumas.

Al comenzar la época de las lluvias—si es oportuna—se alegran los agricultores y se regocijan los jornaleros; para

## SILUETAS

granujas es divertimento que los alborozo el primer aguacero; soportan la lluvia sobre sus cabezas cual si fuese agua bautismal que callera en la testa del catecúmeno para borrarle el original juntamente con otro tremendo pecado; abren el paraguas debajo del cual intentan guarecerse tres y se mojan todos; se embebecen viendo caer el agua que salta



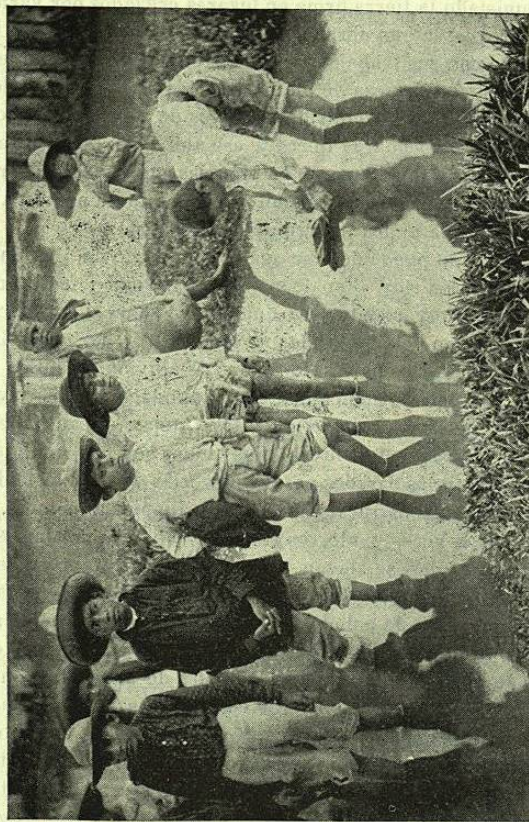
las calzadas; se alegran á igual que la simiente dentro del surco cuando la empapa el agua bienhechora. Pero á este regocijo inusitado sucede una tristeza en los hogares; los



aguaceros se resuelven en un diluvio de ocho días; el trabajo escasea; se encarecen los artículos de primera necesidad; las calles vuélvense ríos; se enferman los párvulos y se mueren los animales domésticos; el maíz no viene al mercado; los transeuntes se bañan pacientemente con la lluvia incesante; los rapaces se protegen contra la lluvia con la *chamarra* de franela y el extendido y doble sombrero de petate; los trabajadores ocurren á la bayeta, y otros ponen á sus cabezas tupido toldo de palmas; los ricos no salen de casa; y los de la clase media llevan zapatos de hule y paraguas, recurso inútil para preservarse de las aguas; porque éstas al caer estrepitosamente de los inclinados techos á las descubiertas aceras mojan á los que pasan hasta media pierna, y por la tela del dombo del paraguas filtrase la lluvia para caer en abundancia sobre la humanidad del prójimo que usa de embelecocos contra la furia de copiosos aguaceros; otros andan con las piernas y los pies al agua y la cabeza cubierta con el paraguas. . . . . eso es entenderlo del revés.

Ya ha cesado la lluvia que duró siete días con sus respectivas noches: las mujeres toman del agua estancada en las calles para lavar con dura y larga escoba el corredor; no faltan quiénes saquen taburetes, bancos y butaques á la torrentera para escobetearlos con mucha diligencia; los muchachos de cada palo de escoba hacen una caña de pescar; las mujeres lucen las pantorrillas al atravesar las charcas; el agua va bajando de nivel y deja isletas aquí y allá; la charca es un recreo para juegos infantiles; piernas al aire se lanzan los *pipiolos* á chapotear el agua, á retozar en ella; improvisan redes los sombreros de petate para pescar *rabirrubias*; de hojas de papel fabrican barcos, teniéndolos á veces de madera con velas desplegadas; por unos cuantos días el agua estancada en la vía pública es el elemento de la chiquillería ruidosa; pero luego se evaporan las charcas con los ardores solares, corrúmpense y en el fermento del verdín que las cubre, nace el gérmen de la malaria y furiosa legión de *alados trompeteros*, mosquitos capaces de chuparle sangre á un

Cristo crucificado en viéndosela chorrear por las dolorosas llagas alumbradas por cuatro cirios.



Basta observar la flora y la fauna de una región para asignarle su característica: pero vistas sus construcciones, conocidos sus habitantes y estudiados sus usos, se les determina

CAPÍTULO I. EL TERRUÑO

rá su idiosincrasia; los hijos del terruño han pasado por muchas transformaciones lentas y por diversos impulsos aislados para llegar á constituir un pueblo; palmo á palmo han conquistado la tierra firme en lugares cruzados por variedad de arroyos; la han agrandado con sus afanes y la han fructificado con sus trabajos; están adaptados á su suelo; en él arraigan con firmeza de plantas tropicales; de ello se determina un carácter adquirido al través de largas evoluciones; de aquí ese apego á la tierra y ese ahincado deseo de construir una casa para morir en ella; casa que viene á ser como solariega, pues se transmite su dominio de padres á biznietos en una nunca interrumpida sucesión.

El terruño puede decirse que es un pedazo de aluvión formado por los ríos «Papaloapan» y «San Juan»; fué un montón de fango y pronto será una ciudad sana si sus vecinos persisten con celo en la idea de mejorarla y hermosarla.

Como todos los países formados de aluvión, y en los cuales se suceden periódicamente las inundaciones, las viviendas son de tierra cocida, ladrillos y tejas; á causa de las grandes y frecuentes lluvias, los techos son muy inclinados y se encalan las paredes para protegerlas de la humedad; en conjunto son construcciones rojizas, limpias á menudo, relucientes á veces y alegres siempre; con tejados agudos de entre los cuales se elevan las viejas iglesias fabricadas de ladrillos y piedras trabadas con mezcla; las calles, un tanto sucias por falta de policía, se dilatan ceñidas de sendas aceñas de un limpio colorado en tiempo de lluvias y limoso después de ellas; las casas tienen portales de arquería, con relieves y frisos muchas, y pocas con azoteas; y no suele ser como en otras ciudades una continuación de la casa contigua, sino casas aparte, aisladas por frondoso patio y dotada de un carácter personal que la identifica con su dueño; todo esto obedece á las rigurosidades del clima y á las exigencias del medio ambiente; las casas se blanquean por lo menos cada año, por dentro y por fuera; el mayor número de fachadas están siempre pintadas de nuevo.

Este exterior nos da la clave del interior, del individuo y

de su casa. El hijo del terruño, obligado por la dureza del clima, contrae la costumbre del aseo: mirad para adentro de las habitaciones y allí encontraréis limpios los vetustos taburetes y los butaques viejos, cada mueble en su lugar; el recinto bien distribuido, y útil y vistosa la disposición de los utensilios; los trajes son limpios y ligeros; indispensable la cantidad de muebles, muy cómodos y muy cuidados; los objetos domésticos colocados en un orden inalterado; en las consolas y en las alcobas vasos con flores; en las rasgadas ventanas y en los ventilados comedores macetas con plantas tropicales; en rinconeras y mesas, chucherías puestas de tal suerte, que indican los hábitos sedentarios y lo agradable y tranquila que es la vida casera; en cada mueble, en cada cosa, en cada pormenor hay como un signo que deja el sello de austero cuidado, de una actividad previsoras, de un placer honesto, que anuncia un bienestar inmenso de costumbres patriarcales; y estas manifestaciones materiales son algo así á modo del distintivo de ese carácter placido y satisfecho, ajeno á la privanza miserable y no envenenado con locas ambiciones; disfrutan prudentemente y se avienen con poco, aunque muy deseosos de ganar y de sacar provecho; no son llevados de la cólera tempestuosa y poco tentados por el orgullo necio; tienen una jovialidad y una alegría comunes; ya de viejos dejan los negocios, se ocupan en edificar y en darse buena vida dentro de deseos limitados. Bajo de estas costumbres seculares se forma el carácter, modificado en parte por la corriente constante de progreso que en prontas vías de comunicación ingieren los pueblos lejanos; la profesión ó el oficio ejercido por el padre, la hereda el hijo, y resultan ser trabajadores por nacimiento lo que otros hacen por necesidad y fuerza.

Esta vida sedentaria, esta tranquilidad doméstica producen cierta blandura en las costumbres y mucha franqueza en las relaciones de amistad; disponen á los goces sencillos y pueriles: á la música, al canto, al baile y la representación; en la comida, aunque sobrios, saben regalararse, y su cocina es modelo de aseo y de buen sazón; tienen desarrollado un